

España y la doctrina del multilateralismo eficaz

Globalización, diplomacia y seguridad
en la era Zapatero

MORTEN HEIBERG

Traducción de Verónica Puertollano

Sumario

Prólogo de José Luis Rodríguez Zapatero	9
Prólogo de Miguel Ángel Moratinos	13
Introducción	15
Capítulo 1. Una estrella al alza	27
Capítulo 2. Masacres y manipulaciones	39
Capítulo 3. ¿La victoria de Al Qaeda?	51
Capítulo 4. La salida de Irak	60
Capítulo 5. El estilo americano	75
Capítulo 6. Un castillo de naipes europeo	94
Capítulo 7. Bumeranes	111
Capítulo 8. Fidel y Raúl	132
Capítulo 9. El que imita, fracasa	145
Capítulo 10. La diplomacia secreta de Obama	155
Capítulo 11. El <i>caso Carmona</i>	171
Capítulo 12. «¿Por qué no te callas?»	185
Capítulo 13. «Esa estúpida islita»	208
Capítulo 14. «Aunque no esté de acuerdo contigo, te quiero» ...	217
Capítulo 15. El niño en la playa	233
Capítulo 16. <i>Carpe diem</i>	246
Capítulo 17. La semilla del mal	255
Capítulo 18. El capitalismo ha muerto	268
Capítulo 19. La tormenta perfecta	282

Conclusiones	309
Notas sobre las fuentes	323
Bibliografía	357
Agradecimientos	371

Introducción

Eran alrededor de las nueve de la mañana y el teléfono móvil sonaba sin cesar. Habiendo celebrado hasta altas horas de la noche el final de una exitosa campaña electoral, los pitidos de un teléfono no eran precisamente lo que Miguel Ángel Moratinos quería oír. Sin embargo, este diplomático español de prestigio internacional se puso al teléfono. «Ha habido una serie de explosiones, un atentado contra los trenes de Madrid. Tienes que venir a Madrid enseguida.» La voz al otro lado era la de José Luis Rodríguez Zapatero, líder del PSOE y, unas semanas después, también el nuevo presidente del Gobierno de España. Por motivos de seguridad, se había cerrado todo el transporte público tras el atentado y, para poder llegar desde su circunscripción en Córdoba a Madrid, Moratinos tuvo que convencer a algunos miembros de la agrupación local del partido para que lo llevaran en coche hasta la sede socialista de la calle Ferraz, a cuatrocientos kilómetros de distancia. Sólo faltaban tres días para las elecciones generales.

Cuando Moratinos llegó a la capital la tarde del jueves 11 de marzo de 2004, ya había recibido abundante información por medio de canales privados que apuntaba a que los atentados eran obra de Al Qaeda. También estaba claro que era el ataque más cruel contra Occidente desde el 11 de septiembre de 2001 y

el más grave de la historia reciente de España. Diez bombas habían explotado a la vez en cuatro trenes de cercanías de Madrid entre las 7.37 y las 7.41 h, y después se supo que, en total, habían muerto 191 personas y 1.841 quedaron heridas. A pesar de que los autores habían empleado la conocida técnica de Al Qaeda de atacar con bombas simultáneas, el Gobierno conservador de José María Aznar señaló inmediatamente a la organización terrorista vasca Euskadi Ta Askatasuna (ETA) como responsable de la masacre. De esta forma, el Partido Popular desvinculó efectivamente la catástrofe en Madrid del terrorismo islámico y, por lo tanto, también del compromiso del Gobierno con la intervención militar estadounidense en Irak, a la que los socialistas se habían opuesto con firmeza durante la campaña electoral. Moratinos era miembro del gabinete en la sombra de Zapatero y uno de los principales arquitectos de la promesa electoral de los socialistas de sacar el contingente militar español de Irak. Los tres días siguientes fueron testigos de lo que ha sido ampliamente calificado de encubrimiento masivo por parte del Gobierno del PP, que, para sorpresa de muchos observadores, perdió las elecciones generales del domingo 14 de marzo.

Siguen sin conocerse muchos aspectos no sólo sobre estos trágicos hechos, también sobre el giro casi copernicano que dio la política exterior española tras los atentados. ¿Fue realmente Al Qaeda, como afirmó parte de la prensa, quien decantó las elecciones a favor del PSOE y provocó un cambio en la política exterior española? Ésta era, desde luego, una opinión muy extendida entre los observadores españoles y extranjeros, y, en especial, entre los de carácter conservador. Sin embargo, a otros observadores más objetivos les parecía que, como mínimo, el nuevo Gobierno socialista estaba decidido a hacer más o menos lo contrario de lo que habían hecho sus predecesores conservadores en casi todos los ámbitos. De hecho, cabe plantear una serie de preguntas importantes a propósito de los objetivos inmediatos y de más largo plazo del Gobierno de Zapatero, que acabó dominando la política española durante casi ocho años y, en muchos aspectos, transformó el país en ese periodo.

Sin embargo, antes de abordar dichas preguntas, es necesaria

una breve reflexión sobre la gestión política de los atentados, que ha sido objeto de interpretaciones discrepantes. Queda por responder la pregunta fundamental de por qué la oposición socialista estaba tan bien informada sobre la autoría de los atentados, mientras que el Gobierno de José María Aznar afirmaba desconocerla. El día de los atentados, la dirección socialista tenía pocas dudas o ninguna sobre los autores del ataque, pero, esa misma tarde, el presidente Aznar llamó personalmente a los directores de los diferentes periódicos para asegurarles que ETA era la culpable, mientras la ministra de Exteriores española se ponía en contacto con el Consejo de Seguridad de la ONU para obtener una condena oficial de la organización separatista vasca. Para entender bien hasta qué punto estuvo dispuesto el Gobierno conservador a defender el relato de la autoría de ETA, se debe tener en cuenta toda la información crucial en sentido contrario que fue cuidadosamente recopilada por el Partido Socialista a partir de sus fuentes internacionales, entre ellas algunos servicios de inteligencia de Oriente Próximo, y que transmitió con lealtad al Gobierno del PP, que aun así la ignoró. Esta parte de la historia de los atentados no se había contado hasta el día de hoy.

Con este libro también se espera aportar una visión más matizada de la campaña electoral en la que, contrariamente a algunas creencias muy extendidas, el PP atravesó graves dificultades mucho antes de que Al Qaeda cometiera su abominable crimen. Mientras el PSOE movilizaba eficazmente a sus potenciales votantes, se producía una crisis de confianza en la relación entre el PP y su electorado. La dirección conservadora era perfectamente consciente del riesgo de fracaso, pero nunca lo admitió abiertamente. Por decirlo con otras palabras, en este libro se pone seriamente a prueba la común afirmación de que los atentados de Al Qaeda hicieron ganar las elecciones al PSOE. Por lo tanto, los primeros capítulos están principalmente dedicados a la legitimidad nacional e internacional del nuevo Gobierno socialista, ya que fue un importante factor en su potencial para aplicar de forma efectiva una nueva política exterior.

Desde un punto de vista internacional, la inmediata retirada de las fuerzas españolas en Irak fue tal vez la medida más contro-

vertida del nuevo Gobierno, ya que desafiaba abiertamente la política exterior y la doctrina de seguridad de la Administración Bush. En sus memorias, la exsecretaria de Estado Condoleezza Rice afirma que el nuevo presidente español simplemente «dio un paso atrás y retiró precipitadamente las fuerzas españolas de Irak, provocando tensiones en nuestra relación que nunca se superaron». Sí, la Administración Bush se lo puso muy difícil al Gobierno de Zapatero en los meses siguientes, pero lo cierto es que no fue mucho más allá de eso. Al llegar la primavera de 2005, las relaciones de trabajo bilaterales habían vuelto a su cauce. Sin embargo, que Madrid pudiera darle la espalda a Washington casi impunemente molestó a varios aliados de Estados Unidos. La retirada con éxito de las tropas inspiró nuevas esperanzas en los movimientos contra la guerra en muchos países, entre ellos Australia y Japón, dos de los aliados más importantes de Estados Unidos en el mundo. ¿Estaba la última potencia hegemónica del mundo perdiendo el control sobre sus aliados? Y, de ser así, ¿quién gobernaría después el mundo?

Es importante recalcar que la decisión de retirar sus fuerzas de Irak fue sólo una de varias y nuevas iniciativas españolas en relación con los asuntos europeos, latinoamericanos, africanos y asiáticos, donde el Gobierno de Zapatero cambió de forma notable el rumbo de la política exterior de España. Lo que sin duda es digno de mención de los casi ocho años de Zapatero en el poder es la implicación proactiva de su Gobierno en varios esfuerzos multilaterales de resolver conflictos internacionales sin ningún interés material directo para España y que, además, habían sido durante mucho tiempo considerados un dominio reservado para los principales actores de la política internacional. Sin embargo, ¿qué pensaba el Gobierno socialista que podría lograr si se involucraba en una larga serie de complejos procesos multilaterales de incierto resultado?

Para responder esta pregunta de forma satisfactoria, es importante prestar la debida atención al contexto internacional general en el que se formuló la nueva política exterior española. Al comienzo del milenio había fuertes contracorrientes que desafiaban la doctrina neoconservadora de Estados Unidos en materia

de política exterior. Para aumentar la seguridad y la prosperidad en el país —razonó el nuevo Gobierno socialista en 2004—, ya no se podía confiar exclusivamente en las medidas unilaterales, las alianzas de la Guerra Fría o un enfoque de «España primero», como lo expresó el presidente Aznar antes de las elecciones generales de 2000. El mundo experimentaba una rápida transformación —nadie sabía exactamente hacia qué—, pero no había duda de que ya no se podían ignorar los acontecimientos en el extranjero, ni siquiera en los rincones más remotos del mundo, ya que tenían el potencial de provocar un cambio fundamental en el ámbito nacional. Los atentados de 2004 fueron sólo un ejemplo de esta tendencia. Inmediatamente después de los atentados, hubo muchas nuevas dificultades, incluida una crisis de refugiados, con la repentina llegada de miles de personas a las costas españolas desde África Central e incluso desde lugares tan lejanos como Bangladés. Sin unos cambios claros en la política exterior tradicional de España —razonó el Gobierno—, no podía esperar que estos problemas se pudieran controlar. Sin embargo, la principal pregunta era cómo gestionar estos desafíos de la forma más eficaz.

Lo que también fue importante para el compromiso multilateral del PSOE fue, probablemente, el peso de la historia. Durante la mayor parte del siglo xx, España había sido incapaz de controlar su propio destino en el sistema internacional, y los primeros Gobiernos democráticos encabezados por Felipe González de 1982 a 1996 trabajaron a destajo para revertir exactamente esta tendencia. De hecho, entre los principales asesores de política exterior de Zapatero hubo exdiplomáticos que habían participado activamente en algunas de las revisiones más importantes de la política exterior española durante la transición democrática tras la muerte del general Franco en 1975. Los primeros Gobiernos centroderechistas de la Unión de Centro Democrático (UCD) habían logrado afrontar algunos de los problemas más acuciantes de las relaciones internacionales de España, de los cuales el más importante fue el ingreso de España en la OTAN en 1982. Sin embargo, la ardua tarea de reequilibrar la relación asimétrica con Estados Unidos y lograr la adhesión de